

DEBBIE
MACOMBER

Esperanzas
de
futuro



Como tantas otras pequeñas poblaciones, Buffalo Valley, un pueblo perdido de Dakota del Norte, estaba agonizando. Los establecimientos cerraban, las aceras se estaban resquebrajando, las casas pedían a gritos una mano de pintura... Pese a todo, subsistía la esperanza, el espíritu de lucha.

Los escasos habitantes que allí resistían se esforzaban por conservar su pueblo natal.

Después de muchos años, Lindsay Snyder había regresado al hogar de sus abuelos para indagar secretos de familia y hacer un examen de su vida.

Para gran sorpresa suya y de todos los lugareños, decidió quedarse. Su decisión marcaba un nuevo comienzo para Buffalo Valley... y para la propia Lindsay, que en aquel pequeño pueblo destartado descubriría el amor y daría un nuevo sentido a su vida.

Prólogo

La pequeña Lindsay Snyder se despertó aterrorizada. Era incapaz de recordar dónde estaba. La oscuridad la envolvía, negra como el carbón, y el calor era insoportable. En seguida supo que no se encontraba en su casa de Savannah, donde el aire acondicionado mitigaba la flama del verano. Intentó no tener miedo, pero lo tenía.

Las historias de fantasmas que había oído en el campamento de verano la estaban atormentando. Sintió un escalofrío al recordar el cuento del loco Charlie, que arrancaba los ojos de sus víctimas antes de asesinarlas. El loco Charlie la había encontrado. Los demás ya debían de estar muertos; todos, menos ella. El sueño era un vago recuerdo y no lograba discernir los detalles.

Despacio, se incorporó en la oscuridad, dispuesta a afrontar los peligros que la acechaban. Entonces, recordó que estaba en la casa de sus abuelos, con sus padres y sus dos hermanas. Habían llegado la noche anterior, después de viajar en coche durante días hasta Dakota del Norte.

Los ojos de Lindsay se habían acostumbrado a la oscuridad y la pequeña se levantó de la cama que su abuela había improvisado en el cuarto de costura. De puntillas, para no despertar a sus dos hermanas, salió al pasillo y caminó hasta la cocina para beber un vaso de agua.

Oyó un ruido en el salón y se quedó inmóvil ante la perspectiva de encontrarse cara a cara con el loco Charlie. Contuvo el aliento y apretó la espalda contra la puerta de la nevera.

Fue entonces cuando vio a su abuela Gina. Su silueta se recortaba sobre el ventanal iluminado por la luna y estaba de pie junto a la chimenea de ladrillo, con la cabeza gacha. Lindsay habría corrido a abrazarla y a confesarle el miedo que le daba el loco Charlie, pero no conocía a su abuela Gina tan bien como a su abuela Dorothy. Así que permaneció en la cocina, a la espera de que su abuela la viera.

Salvo que Gina no había oído a su nieta de diez años y no sabía que estaba allí. Sostenía algo en la mano, pero Lindsay no lograba distinguir lo que era. La anciana se acercó aún más a la chimenea, pero no había luz suficiente para que la niña viera lo que hacía.

Lindsay abrió los ojos con sorpresa cuando su abuela se inclinó hacia delante y tocó la chimenea. Se oyó un leve chirrido y un ladrillo se deslizó hacia fuera. ¡Era un escondite! Un escondite secreto. Fascinada, Lindsay contempló cómo su abuela guardaba lo que tenía en la mano en el cajón corredizo. El ladrillo produjo el mismo chirrido al resbalar hacia dentro.

—¿Abuela?

Con la mano en el corazón, la abuela Gina giró en redondo.

—¡Niña, por Dios! Me has asustado.

Lindsay corrió hacia el salón y hacia la chimenea, pero era incapaz de reconocer el ladrillo que había movido su abuela.

—¿Qué haces levantada?

Lindsay desvió la mirada de la chimenea.

—Tuve una pesadilla. El loco Charlie me perseguía.

—¿Quién?

—En el campamento contaron historias sobre él —deslizó los dedos por la chimenea, tratando de adivinar cuál era el ladrillo corredizo—. ¿Qué has escondido aquí, abuela?

—No he escondido nada, niña.

—Pero te he visto mover el ladrillo.

Su abuela lo negó con la cabeza.

—Ha sido... No ha sido más que un efecto de la luz.

—Pero abuela, te he visto.

La anciana se puso en cuclillas y la miró a los ojos.

—Esas historias te han asustado.

La luna hacía brillar las lágrimas que surcaban el rostro arrugado de la mujer.

—Abuela, ¿estás llorando?

—No... No —insistió Gina—. ¿Por qué iba a llorar?

—Pues eso parecen lágrimas —Lindsay tocó la mejilla de su abuela con vacilación y le acarició la piel húmeda y suave. La anciana intentó sonreír, pero le temblaba el labio inferior—. ¿Estás triste? —preguntó Lindsay.

—Un poco —susurró, y abrazó a Lindsay con fuerza, con tanta fuerza, que la niña podía oír los latidos del corazón de su abuela.

—Te haré un dibujo y ya no estarás triste.

—Eres un cielo. Vamos, te llevaré otra vez a la cama.

—Tengo sed.

Gina tomó a la niña de la mano y la condujo a la cocina. Una vez allí, sacó un vaso del armario y lo llenó de agua.

La abuela Gina había dejado correr el agua antes de llenar el vaso y el líquido cristalino estaba frío y delicioso. Lindsay vació el vaso de un solo trago y lo dejó sobre la encimera.

—¿Qué has escondido en la chimenea? —preguntó de nuevo. No entendía por qué su abuela Gina intentaba ocultarle la verdad.

La anciana le apartó el pelo de la cara con ternura.

—No he escondido nada.

—Claro que sí —se acercó a la chimenea e intentó encontrar el punto exacto que su abuela había presionado. Empujó y toqueteó varios ladrillos, pero ninguno se movió.

La anciana se aproximó por detrás.

—Lindsay, mírame.

Lindsay giró sobre sus talones; su abuela se puso otra vez en cuclillas. Las lágrimas brillaron en sus ojos antes de

que la abrazara con fuerza.

—Lo que has visto será nuestro secreto, ¿de acuerdo?

—Lindsay asintió—. Pero quiero que lo olvides. ¿Me has entendido?

Lindsay no sabía si podría olvidarlo. Su abuela le tomó el rostro entre las manos y la miró con intensidad.

—Prométeme que nunca le dirás a nadie lo que has visto.

—Está bien, abuela. No se lo diré a nadie. Te lo prometo.

—Bien —Gina le dio un beso en la mejilla—. Ahora, vamos a meterte otra vez en la cama.

Capítulo 1

—Estamos acabados —declaró Jacob Hansen en tono fúnebre. Entró en la habitación moviendo su cabeza entrecana.

—El pueblo entero está acabado —Marta Hansen entró detrás de su marido en el comedor de Trío de Ases, el local de Búfalo Bob. Con la energía que suele ir unida a la indignación, se sentó detrás de la mesa en la que se congregaban los demás concejales del ayuntamiento de Buffalo Valley.

Joshua McKenna pensó que con aquella actitud pesimista no adoptarían ningún acuerdo. Claro que no podía culpar al matrimonio. Durante casi veinte años, los Hansen y los demás habitantes de Buffalo Valley habían visto cómo su comunidad agrícola, antaño floreciente, decaía hasta acabar al borde de la ruina. Lo primero que cerró fue el cine; después, el salón de belleza, la floristería, la ferretería... Fue un duro golpe ver cómo desaparecía la tienda de venta por catálogo, y de eso hacía ya seis años. Y acto seguido, el café Morningside, el único restaurante decente del pueblo. Joshua todavía echaba de menos la cocina de Melissa. Hacía galletas tan ligeras y esponjosas que se deshacían en la boca. Se le abría el apetito solo de pensar en aquellas galletas.

Los negocios sobrevivían mientras sus manguantes beneficios se lo permitían... pero terminaban quebrando. Las familias se iban a vivir a otros lugares y las tierras cambiaban de dueño; las granjas más grandes absorbían a las más

pequeñas. Pero todos los agricultores, grandes y pequeños, se esforzaban por salir adelante a pesar del reducido precio del grano. Lo cierto era que tenían mérito. Y recursos. Gracias a sus esfuerzos y a la investigación agrícola, era posible duplicar el rendimiento de la tierra. Como los granjeros seguían luchando por sobrevivir, los negocios que quedaban en el pueblo también luchaban.

El de Joshua era uno de ellos, aunque era cierto que se mantenía a flote a duras penas. Vendía antigüedades y artículos de segunda mano, y hacía reparaciones. Esa parte del negocio, al menos, marchaba bien; arreglar aparatos era su don. Y, como había que apretarse el cinturón, los habitantes de Buffalo Valley hacían lo posible por no comprarse nada nuevo. Joshua deseaba muchas veces poder emplear su talento en arreglar vidas y circunstancias, y no solo aparatos. De poder obrar ese milagro, empezaría con su propia familia. Dios sabía que su hijo necesitaba ayuda; su hija y su nieta también. No le agradaba pensar en los cambios que habían sufrido sus vidas en los últimos años, y detestaba la sensación de impotencia que se adueñaba de él cuando lo hacía.

Su esposa, Marjorie, siempre estuvo pendiente de los niños, pero hacía diez años que los había dejado. Buffalo Valley estaba tan cambiado que Joshua solía preguntarse si Marjorie lo reconocería si pudiera verlo. Además, se asombraría si supiera que lo habían nombrado alcalde; un cargo no deseado, pero que ocupó automáticamente cuando Bill Wilson se vio obligado a cerrar su gasolinera y a irse a vivir a Fargo.

—Esta vez estamos acabados —repitió Marta, desafiando a todos a que la contradijeran.

—Este pueblo lleva años sobreviviendo y así seguirá —fue la enfática réplica de Hassie Knight, la farmacéutica.

Hassie era una optimista nata y la única persona del pueblo capaz de contemplar aquella situación con buenos ojos. Si alguien podía idear una solución, sería Hassie.

Como él, Hassie había vivido momentos difíciles. Enterró a su hijo, que murió en Vietnam casi treinta años atrás y, poco tiempo después, también perdió a su marido. Cari Knight falleció debido a las complicaciones de la diabetes, pero Hassie siempre había sostenido que la verdadera causa de su muerte fue el dolor por la muerte de su hijo. Su hija vivía en Hawai, y Joshua sabía que a Valerie nada le agradaría más que tener a su madre cerca. Gracias a Dios, Hassie seguía resistiéndose. La anciana ya tenía sobrada edad para jubilarse, pero seguía trabajando. Y hacía mucho más que recoger recetas: Hassie era lo más parecido a un médico que había en Buffalo Valley, y sus habitantes acudían a ella en busca de consejo profesional. Sí, Hassie Knight era una mujer popular. Y no menos célebres eran sus batidos caseros, que preparaba en un rincón de su farmacia. Batidos de chocolate y sabios consejos, esas eran sus especialidades.

—Llevamos tanto tiempo sobreviviendo que nos hemos muerto y ni siquiera nos damos cuenta —dijo Marta con amargura mientras cruzaba los brazos sobre su robusto pecho.

—¡Basta ya! —Joshua golpeó la mesa con el mazo con tanta fuerza que el hielo de los vasos de agua tintineó. Se recostó en la silla y se volvió hacia Hassie—. ¿Quieres pasar lista?

A Hassie Knight le crujieron los huesos al ponerse en pie.

—¿Pasar lista? ¡Qué estupidez! —masculló Marta Hansen—. Me recuerda a... ¿Cómo se llamaba ese emperador que tocaba el violín mientras Roma se quemaba?

Sin duda, Marta estaba inmensamente complacida por su mención histórica. Debía de haberla oído en el concurso de la tele del día anterior, pensó Joshua.

—Nerón. El emperador se llamaba Nerón —contestó. Aunque detestaba reconocerlo, Marta tenía razón. Pasar lista era una pérdida de tiempo; lo único que tenían que ha-

cer era mirar en torno a la mesa para saber quién estaba presente y quién no. Hassie, los Hansen, Dennis Urlacher y él. Ausentes: Gage Sinclair y Heath Quantrill. Joshua cortó a Hassie antes de que empezara.

—Está bien. Dejaremos a un lado las formalidades y seguiremos adelante con la reunión.

—Gracias a Dios que en esta ciudad todavía hay alguien dispuesto a atender a razones —dijo Marta, y lanzó una mirada furibunda a Hassie. Era natural que la pesimista y la optimista del pueblo estuvieran siempre a la gresca.

—Jacob y tú os jugáis lo mismo que los demás —le espetó Hassie—. Una actitud constructiva sería más provechosa y realista.

—Yo soy realista —dijo Jacob, que movió la cabeza en señal de afirmación—. Sé que Buffalo Valley está tan muerto como Eloise Parten.

—Si pensaba morirse de forma tan inesperada, lo menos que podría haber hecho era decirle a alguien que no se encontraba bien —se quejó Marta en su acostumbrado tono indignado.

—Eso es lo más disparatado que has dicho en la vida... que no es poco —el rostro de Hassie enrojeció, y Joshua sabía que le estaba costando trabajo controlar el mal genio. La verdad era que a él también lo exasperaban los Hansen. No alcanzaba a comprender cómo habían podido mantener abierta su tienda de comestibles en aquellos tiempos difíciles con una actitud tan pesimista. Aun así, daba gracias porque su negocio siguiera en pie. Joshua no imaginaba lo que ocurriría si ellos decidían abandonar Buffalo Valley.

—Muy bien —Joshua se secó la frente con un pañuelo blanco no muy limpio—. Pasaremos a otro asunto.

Con evidente desgana, Hassie retomó su asiento.

—Todos sabemos por qué estamos aquí —dijo Jacob—. La escuela necesita una maestra.

—¿Os importa si me uno a vosotros? —preguntó Búfalo Bob, y arrastró una silla a la mesa antes de que ninguno de ellos pudiera objetar.

Marta y Jacob se miraron a los ojos. Seguramente, sabían que si protestaban, Hassie le pediría a Marta que abandonara la reunión, porque oficialmente no era concejala. Joshua sospechaba que asistía a las asambleas con el único propósito de aconsejarle el voto a Jacob.

—Nos encantaría que nos ayudaras —le dijo Joshua a Búfalo Bob.

Sin decir palabra, Dennis Urlacher, el propietario de la gasolinera Cenex, se apartó para hacerle un hueco. Bob Carr era un motero retirado que se había asentado en el pueblo dos años atrás después de ganar el bar, el restaurante y el pequeño hotel en una partida de póquer. No tardó mucho en apodarse a sí mismo Búfalo Bob.

Joshua bajó la vista a sus notas.

—Como todos sabéis, Eloise Patten nos ha dejado.

—Ha hecho algo más que eso —lo interrumpió Marta Hansen—. ¡Se ha muerto!

—¡Marta! —la mujer estaba agotando la paciencia de Joshua—. La cuestión es que nos hemos quedado sin maestra.

—Contratad a otra —Búfalo Bob empezó a mecerse en la silla, como si pensara que la reacción general a aquella crisis fuera desproporcionada.

—Nadie querrá enseñar en un pueblo moribundo —farfulló Jacob, al tiempo que movía la cabeza—. Además, nunca me pareció buena idea dividir las escuelas. Enviar a nuestros alumnos de primaria a Bellmont en autobús y hacer que los de Bellmont nos enviaran los suyos de secundaria fue una idea penosa, si se me permite decirlo.

—Ya se te permitió decirlo en su día —ladró Joshua, que ya no hacía ningún esfuerzo por refrenar su impaciencia—. No servirá de nada dar vueltas a decisiones pasadas y a medidas tomadas. Hace cuatro años que enviamos a los

pequeños a Belmont, y seguiríamos haciéndolo si Eloise no hubiese fallecido justo ahora.

—Eloise debería haberse jubilado hace años —protestó Marta en voz baja.

—Pues gracias a Dios que no lo hizo —le espetó Joshua—. Estamos en deuda con ella.

Eloise Patten había sido una bendición para aquella comunidad, aunque solo él se atreviese a decirlo. Fue ella quien sugirió que se repartieran los alumnos de la escuela elemental y la superior entre los dos pueblos. Las pequeñas comunidades agrícolas debían ayudarse entre ellas o arriesgarse a perecer.

—Tenemos que buscar una nueva maestra, y punto —era de esperar que Dennis fuera al grano, que expusiera los hechos sin el más mínimo adorno. Era el propietario y el gerente de la única gasolinera que quedaba en el pueblo y no era muy hablador. Cuando se decidía a abrir la boca, merecía la pena escucharlo.

Joshua sabía que su hija, Sarah, y Dennis tenían una aventura, a pesar de los esfuerzos de Sarah por mantenerla en secreto. Joshua no entendía por qué le parecía tan crucial ocultarla. Después del desastroso matrimonio de su hija, habría acogido a Dennis en la familia con los brazos abiertos. Sospechaba que las dudas que tenía Sarah sobre una posible boda con Dennis tenían que ver con su hija, Carla, de catorce años. Una edad difícil, como Joshua bien recordaba.

—Podríamos ofrecer alojamiento, ¿no? —estaba diciendo Búfalo Bob—. Para la maestra.

—Buena idea —Joshua señaló con el mazo al dueño del hotel—. Hay dos o tres casas vacías cerca de la escuela.

—Nadie querrá vivir en esas casas viejas —insistió Marta—. Están llenas de ratones y Dios sabe de qué otros bichos.

—Podríamos limpiar una.

Los demás asintieron.

—Por si no lo sabíais, hay escasez de profesorado en este estado —el comentario era de Jacob y Marta lo respaldó asintiendo.

—Podríamos poner un anuncio —sugirió Hassie con vacilación.

—¿Un anuncio? No tenemos tanto dinero —se opuso Marta con aspereza.

—Entonces, ¿qué sugieres que hagamos? —preguntó Joshua.

Jacob y Marta se miraron a los ojos. Jacob se levantó con pesadez y apoyó las manos en el borde de la mesa.

—Creo que es hora de que reconozcamos la verdad. Buffalo Valley está acabado y no podemos hacer nada para remediarlo —Marta volvió a asentir con expresión satisfecha.

Aquella declaración fue recibida con exclamaciones de protesta de Hassie y de Búfalo Bob.

—¡Para el carro! —gritó Búfalo Bob.

—Yo he criado a dos hijos en este pueblo —replicó Hassie—, y he enterrado a uno. No voy a consentir que Buffalo Valley desaparezca, aunque sea lo último que haga. Si alguno de vosotros...

—¡Y he invertido toda mi herencia en este bar restaurante! —exclamó Búfalo Bob para hacerse oír.

Joshua dio varios golpes con su mazo.

—Nadie ha dicho que debamos tirar la toalla.

—Ninguna maestra querrá venir a vivir aquí —insistió Marta.

—Buscaremos una que quiera —Joshua se negaba a permitir que el pesimismo de los Hansen siguiera pesando en la reunión.

—Abre los ojos y mira —dijo Jacob Hansen, y señaló la grasienta ventana que daba a la calle principal.

A Joshua no le hacía falta mirar; afrontaba la verdad todos los días, cuando abría su tienda: los establecimientos con las ventanas condenadas; las baldosas rotas de las ace-

ras, con las malas hierbas creciendo entre las grietas; los desperdicios que salpicaban las calles. Hacía tiempo que aquel pueblo había perdido su orgullo colectivo.

—No vamos a quedarnos sin escuela —declaró Joshua con énfasis.

—¡Estoy de acuerdo! —afirmó Hassie. En su rostro se reflejaba una profunda sensación de alivio, y la determinación de su voz era pareja a la de Joshua. Llevaba toda la vida viviendo en aquel pueblo y haría lo que fuera para salvarlo. Removerían cielo y tierra y encontrarían a una maestra antes de que terminara el mes de agosto, cuando daba comienzo el curso escolar.

—Lo crearé cuando lo vea —comentó Jacob Hansen.

—Entonces, prepárate para creer —dijo Joshua en tono solemne.

En Buffalo Valley había más vida de la que los Hansen imaginaban, y Joshua estaba dispuesto a demostrarlo.

La furia le retorció el estómago; furia por su propia estupidez, más que nada. Con sus perros dormidos a los pies, Lindsay Snyder estaba sentada detrás de la mesa de la cocina, escribiendo en su diario. Siempre que estaba disgustada describía lo que sentía, y eso la ayudaba a aclarar sus sentimientos, a analizar lo ocurrido y el porqué. En aquella ocasión, sin embargo, ya conocía las respuestas.

Cuando terminó, dejó a un lado el cuaderno con tapas de cuero y miró por la ventana de la cocina de su apartamento. Pero no era el paisaje lo que veía, sino su futuro.

Monte nunca se casaría con ella.

Debería haberse dado cuenta dos años antes, pero le resultó imposible, porque ansiaba ser su esposa y crear una familia con él. Lo amaba, y ¿acaso el matrimonio no era el desenlace natural de amar a un hombre? Pero solo había visto lo que había querido ver. Se había engañado pensando que podría persuadirlo.

Monte no le había mentado, no le había dado falsas esperanzas. Desde el principio le dijo que no estaba interesado en el matrimonio. La amaba, decía, pero cuando se divorció se prometió no repetir la experiencia. Nunca había dado visos de haber cambiado de idea. Lindsay sabía que solo podía culpar a una persona por su desgracia, y no era a Monte.

A los pocos meses de iniciar su relación, Lindsay dejó a Monte porque él se mostraba inflexible en su decisión de no volverse casar. Después, la persuadió de que volviera con él y ella accedió porque albergaba la estúpida esperanza de que Monte cambiaría de idea.

No había sido así.

Sonó el teléfono y Lindsay echó un vistazo a la pantalla del identificador de llamadas. Fue un alivio y, al mismo tiempo, una decepción comprobar que no era él.

—¿Sí? —contestó con voz apagada.

—Hola, soy Maddy.

—Ya lo sé.

—Oye, hace una tarde de verano preciosa y hablas como si hubieras perdido a tu mejor amiga. Claro que eso es imposible, porque «yo» soy tu mejor amiga.

Lindsay suspiró y se preguntó por qué Maddy tenía que mostrarse tan feliz y despreocupada cuando todo su mundo se estaba viniendo abajo.

—No me pasa nada. Mejor dicho, no me pasa nada que no me lleve pasando desde hace dos años.

—Ah, entonces se trata de Monte. ¿Qué hay de nuevo?

—Nada —al menos, eso era cierto—. Monte y yo salimos anoche a cenar y dimos un paseo romántico alrededor de la plaza Chippewa en un coche de caballos. Las magnolias estaban en flor y... todo era perfecto. Hasta que...

—¿Qué?

Lindsay cerró los ojos con fuerza porque le dolía decirlo.

—Hasta que cometí el error de hablar del futuro. Cualquiera que viera su reacción pensaría que se trata de una